

Fragmento de la novela en progreso, *Aché Obanilú*

Por Arístides Falcón*

Baja las escaleras, no suntuosas, pero son de mármol de piedra dura y frágil como la vida. Va vestido impecablemente de traje blanco con corbata y pañuelo rojos. Recuerdan los colores del eleke de Changó para apaciguarlo blanco rojo blanco... En el tacón derecho, de sus zapatos de dos tonos, lleva escondido una fuerte suma. Otra reserva de dinero para gastar en los imperativos de la noche. Ya afuera, su fragancia de la mejor colonia compite con la frescura del aire puro y seco que trae el invierno. Dos mezclas que exhala como una bendición en ese preciso momento. Seguro y contento de sí mismo en busca de *una noche aventurera buscando ambiente de placer y de ventura...* Se ajusta el elegante sobretodo. Dobla a la izquierda dejando atrás el pasillo profundo de la entrada del edificio. A media cuadra está San Nicolás. Va camino a Lenox donde justo San Nicolás termina en cuchillo. Cruza San Nicolás. Esta otra arteria, más pequeña, que como Broadway atraviesa diagonal Manhattan. A la derecha, a una cuadra, el costado norte del Parque Central ya sin poder rumbear por el frío pero sin nieve todavía que lo

cubra y sus árboles sin hojas resistiendo el invierno. Justo en Lenox sube por su amplia avenida, tal vez más amplia que el Prado, pero no más bella, de portales y de columnas y su Paseo al centro. Vibra la noche. *Noche azul* a lo que depare. Desde el subterráneo el ruido de los trenes se suman a los de los autos a la música que corre como río de los bares por la calle. Pasos que ruedan como piedras en busca de esa música río. Pasos que entran y salen del Bar Río. Un destino que empieza a cerrar su ciclo su círculo de cuatro vientos. Signos y firmas sellan lo que preveían y al suceder lo llamamos inesperado. Lo que ya estaba por venir y el tablero confirmaba. Empieza su cuenta regresiva. Pasos que entran y nunca más saldrán por esa misma puerta. Lo que ha de pasar. Y otros pasos que pasan con una idea fija premeditada alevosa en la noche, se detienen frente a la vidriera, siguen sin dejarse ver. Entran a un restaurante a unas cuantas cuadras más arriba, ¡que cosa! se llama La Palma donde Changó habita. Como se advierte *no juegues con los santos*. Sigue, alguien lo saluda pero no contesta, sin oír nada a su paso en dirección al baño y atravesando las mesas. Abre la puerta del baño. Pasos que suben al borde del inodoro manos que separan un listón del falso techo mete la mano tantea en busca de lo que encuentra saca la mano empuñando un revólver. Regresa por sus mismos pasos como por una huella invisible al encuentro de lo que había premeditado. Ahora sus pasos pasan donde hace unos minutos se habían detenidos. Y Lenox es

casi como el Prado, y por Colón al llegar al Prado a la izquierda no hay ningún Río Bar pero si otros bares donde se vive a la vida y a la muerte y al fondo el mar primero la Punta la bahía el Morro y al final el mar. A la derecha y más donde termina el Paseo el otro Parque Central de una sola manzana más civilizado y más allá elegantísimos cafés al aire libre y su música río desbordándose hacia afuera por amplias aceras y calles como Lenox por encima de los carros parqueados en fila interminable frente al Capitolio y más allá el otro parque el de La Fraternidad. ¡Que nombrecito ese! Y ahora una ráfaga de frío se cuele por la puerta que se abre.

Visten al montado. Es Changó mismo. Habla por él. Sale y empieza a predecir el futuro a quien elige, a quien se tropiece en su camino. La jícara dispuesta si la necesita para calmarle la sed de lo tanto que dice cuando dice. Dice mucho para el quien entiende. Dice elipsis, parábolas, analogías, un oscuro decir que no se entiende. Dice para los que traducen. En la traducción, como siempre sucede, debe perderse algo en ese puente. Dice para el que escucha. Dice para el que quiere oír y quiere que le digan algo. Dice mucho más. Dice y lo que no se entiende se consulta al que sabe. Dice. Dice muchos de la concurrencia que quieren que les diga algo. Algo que sea como un presagio que ha de cambiarles sus vidas. Un cambio de vida que resuelva de un santiamén su existencia. Una existencia que cobije un porvenir promisorio y esperanzador. Dice y frente a él Chano y Miguelito y la hermana y la

madrina que está al lado de éstos escuchando atenta al desenlace. Empieza su jerigonza y con ellos a manera general sus predicciones. Dice: kanabá aleyo onile mina popó. Changó Aguá Guayé, Changó Kora, Changó Jebioso. De tó ese que yo tá nombrá son capatá Changó Ilari que jala machete en cielo ¡crack! y prende mecha lo cogollo. Pide agua sacando su lengua que pasa alrededor de sus labios resecos como si cada palabra contuviera un buche de arena como la sed milenaria de un desierto que atravesara su garganta. Le dan de la jícara. Se atraganta atorándose. Dice: aquí mimito etá nace do estrella de firmamento. Mucho aché y oké pa eso que etá venir. Toito to el mundo va ecucha cosa grande. Mira a Chano. Le pasa la mano por su cabeza. Dice: Bakoso iloché... Balogún tá hablá po su cuero de tambó y po su bamba dura. Changó Bakoso tá baila... Tierra va temblá. Tambó que echa fuego no se apaga po tierra grande va temblá -toma un pausa y un respiro profundo y vuelve la sed que no se aplaca. Saca la lengua pidiendo agua, y que le dan y toma y todavía sin llegar a terminar frunce el ceño algo que le cruza su mente. De nuevo se atraganta. No sé sabe si por el agua que baja a saciar por ese instante ese desierto de sal y fuego de su garganta o por el sonido gutural que sube a concretarse en ese vocabulario de referencias y mitos de sus palabras. Dice: está decí algo má. Ijo epíritu malo en eso cuepo ay que limpiá... Orula dice cosa grande en su Itá. Ebbó limpia camino pa librá batalla tambó e cosa grande. No pue cruzá

agua de Yemayá sin santo que te proteja. Abre camino saragüey po cuatro camino y siete rayo. Antoítico registro que cosa grave está sucedé. Agitado, toma una pausa y otra vez otro sorbo de agua de sed multiplicada que no acaba. La madrina muy seria. Se inclina y le dice algo a la hermana de Pozo al oído. El montado se dirige a Miguelito y empieza a predecir: ¡Anjá!, el otro ijo, Eshu Baraiñe. Abre camino. Mancuelna de Changó Ilari. Ekó oré. E gallo que va cantá po mucha tierra grande... Tierra grande, si señó. Mucho aché y oké tá po vení. Eiyé cruza lo agua de Yemayá viene y va. Gallo va tené que cuidá mucho de tierra fría. Aquí yo etá terminá de hablá... Olofi epíritu santo tá en cielo. Olodumare ayó bó...

Vereda tropical, nostragia, ese ir de regreso para La Abana. Vere loqui el locus amenus. Ver verde ese galopar del verde que se quiere verde que se perpetúa en verde en demasiado verde. Viento en popa por el verde y a toda vela enfilan al noreste al frente y por el surco plano de carretera que reverbera su espejo en humo a sus costados entre el verde y arriba un brochazo total de azul de cielo intenso de infinito sin nubes blancas y sol volcánico. Pasan, sin pausa, por Bauta. Platanal si es. Todavía plata no es. Un mar de tallos y de hojas en abanico que se repite inmenso sin fruto todavía. Un ensueño de un poeta japonés bajo su sombra y no la de un filósofo. Basho venido a pensador debajo de una mata de plátano. Pasan al costado de un arar, rastrillo de un solo

colmillo, del aquí al allá en ese ahora a la espera del mañana que produzca un algo. Arado mi criollo. En su mar de mal de males entendidos de una obsesión que se repite y se repite. Un buche de café, si es que hay, para levantar el ánimo y el espíritu y otro que espera la boca sedienta desde el aire el agua fresca que guardaba en la botija necesaria en la sombra de un matorral refrigerante. El agua que corre es un lujo. Agua de vida. Vida el agua. Se necesita. No para una ablución ni para una genuflexión. Es el alimento. Es lo único que se necesita. Ese mar de tierra fértil no es un mar de arena pero es otro jardín. Sentencia que son Zen. Y un pedregal sin número, porque el quince es un número vacío, incontable disperso de diferentes cúmulos y aquí y otro allá bordeándolos el arado en ese rectangular espacio que le toca a diario el guajiro en su contemplación meditabunda que medita calcula. Es un monje en el aquí que lo ata a la tierra en el ahora. Es sabio de las horas. Las cuenta en cuartos. En el tiempo que hará hoy en su predicción del día, incluye la hora exacta del aguacero, del mañana de los días y el del los meses venideros. Un conjunto que es uno, el todo. El todo que es. El todo en el uno de los granos que se multiplican. Cada uno de ellos conteniéndolo todo. Lo que da la tierra. Esto o lo otro pero no lo se quiera. Lo que da ella de sí misma. No lo que nunca ha dado. Lo que crece o no crece, ella lo decide. Bonsai en miniatura que ya lo calcula en trueque que ya va palabreando. Sigue su surco en ese mar de tierra más

productiva. Evade una roca. Vuelve a recuperar aquella línea que tiene en mente. Coge el trillo comandante, lo agujonea como ají guaguao que pica y mortifica y sigue su camellón. Chano está sentado atrás con su hermana. Mira hacia afuera en una vista perdida de recuerdos. Pensamientos unos que otros sobre otros se quedan atrás como el paisaje que se sucede. Cierra los ojos. Todo como si fuera ahora. Recuerda a su madre. Aquel día. Y el día que lo cogieron preso. Y todo los días dentro... un cabeceo y en un segundo un flechazo de sueño y el quedarse dormido y al volver tratar de pensar en lo que estaba. Recuerda a El Chino corriendo y el camino que cogió en las cuatro esquinas y se queda por un momento parado mirándolo como salta un charco de agua con reflejos rojos. Sueña que suena otra vez el silbato del policía. Empieza a correr de nuevo en el sueño. Una reja que se abre y se cierra a sus espaldas. Se despierta sobresaltado. Mira otra vez a su alrededor. Ellos en camino por el mismo camino por el mismo paisaje y otra vez a su interior lleno de recuerdos. Como si fueran palpables las imágenes unas tras otras sucediéndose. Ellos la trinidad, tres en uno, E Meta Lókan. To'el mundo pa la en Nganga ya pa Kunanbansa. Para él pero en voz alta.

-Al atravesao ya le iba entrando la clave.

Arrolla la conga que suena y que detrás del tambor suma la orquesta. La pista que lo espera con la tropa en algarabía que lo

acompaña que lo rodea. Con unos pases de rumba incita a la niña descocada sin escote que enloquece. Loca está que se arrebatada de la cintura pa'bajo de la cintura pa'riba. Pellejo que suena cerca del otro que suda mojado que la excita. Cuero es lo que quiere y a un centavo el mazo caserita. Caza la hembra el macho. Hacha que descuartiza. Sal para esa carne salpicada que enchumba de placer. Un blen blen blen que le toquen las campanas. Que le den candela y clave a más no poder. Siente el bombo mamita la está llamando. Llama el arrebatado que avienta el cuero que propaga en fuego por todo su cuerpo. Grupa que quiere montar. Ella que la monte que se monta. Que presta su montura que la espuelen. Piel que achicharra el sudor que corre. Sonido que la encamina. Frente a frente los golpes que recibe y le gusta y la alborota. El círculo que se cierra. Testigo de lo que pasa. De que lo son también cómplices. Cooperan en la penetración. Provocadora de pies a cabeza. Los movimientos de quebranta cadera, de trituradora, de pelvis de molino en remolino, sierra que corta el paso, pasa la segadora, de cuajo que destaja, calcula lo que viene, abierta de par en par para que le entre entero el otro cuerpo que es el sonido, se adelanta de costado, al otro lado se deja. Así se dejan. En ese mutuo acuerdo de que se verán horita. En la ocasión que les ha dado la vida. Miradas de entendimiento para más tarde cuando se acabe todo. Aunque parece que no tiene para cuando acabarse el party. Para seguir gozando. Toda la noche y el día,

hasta que el cansancio pueda separar los cuerpos. Entre el entrecruce de serpentinas, pitos y maracas y la música a viento y a vapor una lluvia de billetes dadivosos para esos prodigios que retan que se retan y animan y se animan por las manos de aquel por el cuerpo de ella, el sonido y el movimiento que caen como fuentes. Ahora es que empieza la fiesta. Bacanal del bar que queda a abierto al gusto del consumidor por invitación expresa de mister John para todos los presentes. Champagne para continuar y empezar esta primera ronda gratis de la noche de juerga. Los músicos, sin chistar, atrapados a las tandas que se suceden. Le han doblado o triplicado, o váyase a saber, lo que hacen en una semana en buenos tiempos. La profesión tiene, hay veces, sorpresas cuando menos lo imaginas. Nadie lo duda, los muchachos del barracón han tenido que ver mucho con esto. Brindis en toda la sala sin violín para la homenajeadada Mrs. Goldson en la ocasión de cumplir muchos años felices con nuestro querido huésped y amigo Mister John y bla bla bla. La espuma reboza las copas y por los picos de las botellas el orgiástico sonido del descorchar. La fiesta continúa que no termina nunca. *Mira que sabrosa la rumba que siga que siga la rumba.* El tambor en recorrido por las mesas saluda e invita a seguir y arrastra el río sus piedras donde se bañan todos y los reticentes son los primeros en la gran rueda alrededor del patio. Quiere mi sanga malafo misanga que no es malongo. Otí para ti.

Los músicos del patio llaman a toque de clave a las puertas cuando están cerradas. El tun tun grave de la aldaba de bronce retumba jocosa anunciando la llegada. Solfeo de tres negras y dos blancas para los que pueden leer ese alfabeto pero, para bien, el corazón no tiene frontera y se dilata sin lectura para cualquier escucha y para cualquier que la produce. Democracia del disfrute para todos y además el que echa su pasillo. Diástole que imaginamos repercutiendo por cada rincón del alma. De la aldaba al teclado espera una verdadera maraña jeroglífica de poliritmia. Rotundo instrumento, bello como una mujer de curvas sólidas, lleno de sonidos que esperan al cuidado de unas manos diestras el trasplante de corazón abierto. Acordados acordes ruedan por la cajetilla en carcajada de siempre de blanco y negro en blanco y negro la matemática exacta de espacio y orden que si una do blanca le sigue dos negras, lo que sin duda debe dar tres mulatas, y a las dos negras dos blancas que le siguen tres negras en un total de siete blancas y cinco negras. Sonoridad mestiza por la tiza carbón que raya las cinco líneas negras paralelas en la pizarra blanca. Dispuestas las blancas y las negras en la combinación que asciende de do re mi fa sol la si y el do que sí es si sostenido y el fa bemol es mi y en el tocar por ellas todo su cuerpo desnudo sonora la larga extensión en que repite sus infinitas combinaciones de blancas y negras que de las teclas al pentagrama se van llenando que del pentagrama a las teclas llevan su trote. Forte la

digitación y más fuerte por negras por blancas tejido que combina y amaina su mezzo su fuerte. Mete y saca por negras por blancas su contrapunto. Punto en punta que encuentra su desmesura. Medida que hinca con ahínco. Mide una cuarta la octava. La mano que jugó al ñate, la pata, la sola, el chocolongo, la quinta, el quimbe y cuarta. Sonido redondo y rodante como bolas que mide la otra cuarta. Engranada en el sostén de su par que sube y el otro que baja en el extremo. Grave que suena el pulgar y agudo el meñique y sus notas al unísono en toda su extensión de la misma cuarta que se explaya que cubre una octava y la de la izquierda en latido sincopado. Mece la medida que regresa que mueve el alma su melodía por el entreverado de los ritmos. Sin sentido de sensatez el sinsonte de tez oscura dicta al compás que copia la tez clara. Llega el café retinto y humeante y como sus letras cargado, amargo, fuerte y escaso y la azúcar blanca desgranada se zambulle en el cuerpo húmedo y negro que la espera. Mezcla que se repite en torbellino que acelera la cuchara y los tiempos del traqueteo rítmico que suenan. Continúa transcribiendo Anselmo en su holgada batahola de dril blanco immaculado y pedal que dale que dale y Chano que dale en su pasillo que tonifica con sus dos tonos.

* **Aristides Falcón** (La Habana) ha sido muchas cosas en su estancia por la vida: un luchador, un actor, un practicante de yoga, un artesano, un vegetariano, un ensayista, un amante de la música, aunque esencialmente ha sido un poeta. Tiene varios libros de poesía en formas orientales inéditos (el haiku, la renga, y la tanka), y ha publicado *Tantra Tanka* (2003 Betania). Además de artículos publicados en espacios académicos, es autor de la monografía crítica *La crueldad en el teatro de Matías Montes Huidobro* (Boulder 2006). Es autor de obras de teatro, entre las cuales figura *Historia Cotidiana* la cual ha sido puesta en escena por el Instituto Arte Teatral Internacional (IATI). En estos momentos se encuentra en su segundo trabajo filmico en colaboración con Pablo A. Medina. También escribe, en su sosegada pieza de Manhattan, la novela sonora *Aché Obanilú*, con la cual intenta dibujar los lapsos neoyorquinos de Chano Pozo.